

Domitila¹

Y vos que vas a poder organizar a la gente del pueblo. Con que no he podido yo, contimas, vos. Además vos tenés que estarte en la casa. Suficiente trabajo hay aquí como para que vayas a trabajar en lo de la organización. Es más, si yo no he podido, es porque esa gente no es pobre y no siente la necesidad de organizarse. Por eso es que no quiere organizarse y no porque yo sea dundo. Y sin embargo, ella, decidió que bien podía organizarlos, aunque no le pareciera a su marido, quien era dirigente histórico y ahora concejal, gracias a que los de su partido habían ganado las elecciones municipales en el pueblo.

Comencé el trabajo en mi barrio con un proyecto que para qué les cuento. Es casi cosa de risa. Pero la gente pobre necesita de todo y si había financiamiento para que pudieran hacerse un examen de la vista y adquirir anteojos, pues, con eso habría de comenzar. Hoy, con tanta organización no gubernamental que hay, hay posibilidad de conseguir proyectos de todo. Pero claro, todas condicionan la ayuda a la organización. Y hay me tienen de casa en casa, convocando a una reunión para planificar los exámenes de la vista y la entrega después de los anteojos. Esa vez, ya quedó creada la directiva del barrio. Después vino lo de la luz. Los recibos estaban saliendo muy altos con lo de la privatización y la gente estaba disconforme. Pero como ya había un primer paso en la organización, fue cosa de llevar la protesta en representación del barrio. Y así fue que conseguimos la rebaja y que la gente de los otros barrios, al enterarse, pues me

llamara. Ellos, también querían la organización. En cosa de seis meses, ya tenía a todos los barrios organizados, menos el del centro. Decían que estos eran los ricos del pueblo y no se interesaban.

A medida que yo me iba metiendo más en lo de la organización, aumentaban los problemas con mi marido. Es que como ustedes saben, los hombres por aquí son bien machistas y consiguen mujer para hacerlo gratis y para tener cholera además. Lo fregado es que como uno se deja, hasta pencia le dan. Mi marido se molestó conmigo y tuvimos varios agarrones. El pleito, en parte, era porque él decía que yo estaba descuidando la casa, pero en parte, también porque no le gustaba que yo estuviera consiguiendo lo que él no había conseguido. Claro, el machismo estaba de por medio. Vinieron los chambres de otros hombres, que se sentían quizá menos, porque la organización en el pueblo iba caminando. Sólo el barrio del centro me iba quedando de tarea inconclusa. Y yo no hallaba cómo entrarles. Y mi marido que hasta se reía. Pero a la par chingaba por todo. Que la comida no estaba lista. Que la ropa no la encontraba planchada. Que yo ya ni tenía tiempo para los cipotes. Se inventaba cualquier marranada con tal de fregarme y que yo no saliera tranquila a mis tareas organizativas. Hasta que un día le dije: y cuál es la fregadera, pues. Yo no voy a parar en mi trabajo —trabajo digo, pero no vayan a creer que me pagaban algo—. Y si no te parece, pues, hasta aquí llegamos. La verdad de las cosas es que yo estaba dispuesta hasta que nos dejáramos. Pero no hubo necesidad. En

1. Domitila es el seudónimo de una mujer salvadoreña, habitante de una comunidad que fue casi totalmente destruida por los terremotos de enero y febrero y estas líneas son su testimonio.

esa vez, él se quedó callado, muy callado. Cosa que nunca había hecho. Pero quizá lo pensó bien. Para pensar hondo es preciso no estar hablando. Así que después de aquel silencio, la cosa cambió. Desde entonces ya se dejó de fregar. El trabajar con la gente como que lo va cambiando también a uno. Yo, la mera verdad, ya no era la misma de hacía seis meses. Me sentía más segura de mí misma. Veía que habíamos conseguido cosas importantes para la comunidad y que podíamos conseguir mucho más.

Fue con lo del agua que me atreví a enfrentar a los del barrio del centro y plantearles claramente que si no asistían a la asamblea que se estaba convocando para el próximo sábado, que se entendería que a ellos no les interesaba tener agua en sus casas. No me va a creer, pero aquello se regó como pólvora y a esa reunión no faltó nadie. Para darle más seriedad a la cuestión me hice acompañar del señor alcalde y de dos concejales, entre los cuales, no me lo va a creer, pero allí estaba mi marido y cuando vio el gentío, hasta se alegró de ver la clase de muer que tenía.

Claro, uno va entendiendo con la práctica que el punto para organizar a la gente es encontrar algo que de verdad le interese y el agua, cómo que no iba a interesarle. Y además hay que darle seriedad a las cosas, formalidad. Cuando vieron que el alcalde estaba allí con todos nosotros, pues, entendieron que la cosa iba en serio, que no era changoneta.

En lo de la organización mucho nos vino a ayudar el cambio de cura, porque el de antes como que no estaba con los pobres y no tenía iniciativas, ni nada. Era como si no existiera, aunque cuando se le buscaba para algo, a todo le ponía peros. Fuera de las misas del domingo, como si no tuviéramos cura. No es por hablar de los curas, pero viera que misas más aburridas. Ahora, todo cambió. Con el nuevo padre, hasta están volviendo a ser lo que eran antes de la guerra las fiestas del pueblo. Es que este padre está joven y yo diría que con los pobres.

En estas andaba, cuando un sábado en que estábamos enreunionados, comenzó a moverse todo y no paraba, y las cosas empezaron a caerse y corrimos a la calle y las paredes y los techos se nos

venían encima y la gente gritaba, los niños lloraban y los chuchos, pobres animales, viera como aullaban. Y quién por ellos, porque nosotros buscando como locos a los cipotes, clamando a Dios porque no fuera el fin del mundo, qué nos íbamos a preocupar por los perros.

Cuando cejó el samaqueo, se levantó una gran nube de polvo. Debajo de las paredes se oían algunos gritos y empezamos a sacar a los heridos, que de suerte no fueron muchos. Pero mire, si aquel desastre se viene de noche, no hubiera quedado casi nadie con vida, porque lo que es aquí en el pueblo, unas tres casas son las que han quedado paradas, el resto se vino abajo.

Quedamos sólo con lo que andábamos puesto. Y para comer nada, todo se quebró. Todo se arruinó. Pero como que Dios sabe lo que hace, afortunadamente como ya estábamos organizados, enfrentar aquella calamidad no resultó tan difícil, ni requirió de tanto tiempo. Lo primero que hicimos fue censar a la población y sus viviendas. En veinticuatro horas lo teníamos todo en blanco y negro, porque a cada presidente de barrio le encomendamos el trabajo y él buscó quienes le ayudaran de entre los otros directivos. Creamos una comisión para atender a los heridos, de suerte eran bien pocos. Venía entonces lo de la comida y lo de la dormida. Como a los del sur no les había pasado nada, ellos llegaron con las primeras ayudas: traían comida, ropa y colchonetas. Cuando llegó esa colaboración y otras más, muchas más, gracias a que estábamos bien organizados, no hubo problemas para recibirla y para distribuirla. Mire, no hay mal que para bien no venga, la organización está bien fortalecida, la



gente del pueblo se ha identificado entre sí, ya no ven diferencias como antes se imaginaban: hoy está claro que todos somos pobres y que todos necesitamos de la solidaridad, de la hermandad, de la ayuda. Incluso los del monte ya no nos ven raros, se han dado cuenta que nosotros somos iguales a ellos: pobres. Y cómo no iba a ser así. Todo ha quedado al desnudo: las casas repelladitas se vinieron al suelo también, porque eran de bahareque o de adobe; se ha visto que las gentes las tenían hipotecadas y hemos encontrado que un buen porcentaje no era propietario, sino inquilino. Pero aquí está la gran diferencia, cuando la gente se

organiza. Ahora esos inquilinos van a tener su casa propia. La alcaldía compró un terreno y con la lámina que ha llegado, ya se inició la construcción de la colonia Romero, en honor a san Romero, el santo de los pobres. Aquí no ha habido distingos políticos, aquí lo que ha importado es la necesidad de la gente. Somos una prueba de que la organización de la gente funciona y yo me siento muy contenta de haber contribuido a que nos organizáramos. Estando organizados, aunque las casas estén en el suelo, uno sabe que tiene futuro.

Aquiles Montoya

